

La primera lectura y el Evangelio de hoy centran nuestra atención en la práctica de la oración.

Para empezar, la oración no es magia; no podemos esperar recibir todo lo que queremos de Dios sólo porque se lo pedimos. Si esto fuera así, muchos de nosotros rezaríamos con gran fervor para ganar la lotería! Rezar para ganar la lotería no nos hará ricos. Pero rezar por lo que necesitamos y lo que es bueno para nosotros nos abre a la presencia de Dios, nos ayuda a ganar la perspectiva de Dios en nuestras vidas, nos desafía a pensar más allá de nuestros deseos o necesidades inmediatas. La verdadera oración siempre incluye un discernimiento de **lo que Dios quiere para nosotros**, no sólo lo que queremos para nosotros mismos. Abraham en la divertida historia en la primera lectura de hoy, así como el vecino que llama en medio de la noche porque necesita algunos comestibles para satisfacer las necesidades de su invitado inesperado y le pide a su amigo hasta que se suple su necesidad, ambas nos recuerdan que la oración debe también ser persistente, no porque Dios no es consciente o es indiferente a nuestras necesidades, sino para ayudarnos a permanecer abiertos a la comprensión de la voluntad de Dios y listos para recibir con fe la respuesta de Dios a nuestra oración, a pesar de que no sea la respuesta que estábamos esperando. Al final Sodoma fue destruida por su pecado, a pesar de las súplicas de Abraham y la paciencia de Dios, mientras que de manera positiva en el Evangelio, el vecino obtuvo la los comestibles que necesitaba.

Jesús en el Evangelio no enseña únicamente a los discípulos a decir simplemente las palabras en oración. Sí, él les dio las palabras de lo que hoy denominamos el "Padre Nuestro"; pero más allá de las palabras, sin embargo, Jesús les enseñó a sus discípulos lo que es realmente la oración: Buscar la presencia de Dios y lo que **Dios quiere para nosotros**. Este es el asunto más difícil de la oración. En lugar de siempre orar pidiendo que se cumplan nuestras propias necesidades miopes (aunque esa oración es a veces perfectamente legítima, necesaria y buena!), la oración auténtica nos lleva a conocer la voluntad de Dios para nosotros, a recibir el Espíritu Santo, a abrirnos en nuevas formas a la bondad de Dios. La oración auténtica nos saca de nosotros mismos hacia Dios que desea todo lo bueno para nosotros y nos proporciona todo lo que necesitamos para crecer en nuestra relación con Él y con los demás. Una experiencia en mi propia vida confirma esta verdad.

Cuando estaba en la universidad hice una práctica de enseñanza con el fin de conseguir mi certificación como maestro en el Estado de Iowa. Cuando fui ordenado como sacerdote, todavía había suficientes jóvenes sacerdotes quienes eran asignados ya fuera a tiempo parcial o a tiempo completo en puestos de enseñanza en una de nuestras escuelas secundarias católicas.

Mi experiencia durante la práctica de enseñanza no fue muy positiva, tanto es así que en el seminario evité cualquier trabajo relacionado con jóvenes o adultos jóvenes, o con grupos que estuvieran en edad de la escuela secundaria, creyendo que esto no era un don que Dios me había dado. En la primavera de 1978 después de tres años de ministerio parroquial, me asignaron a un puesto de enseñanza a tiempo completo en la facultad de la Escuela Secundaria Católica Wahlert en Dubuque. Las cosas en el salón de clases no iban bien en una variedad de frentes. Oré fervientemente para que al final del año me dieran otra misión. Dios contestó mi oración, pero no de la manera que yo quería. Poco a poco, durante el semestre de primavera mi actitud empezó a cambiar. Empecé a tener algo de éxito en el aula. Al final del año escolar, decidí intentar continuar un segundo año. Al final, me quedé en el trabajo de maestro a tiempo completo en la escuela secundaria durante once años. Esos años me ayudaron a "pararme en mis pies", me abrí a la amistad con algunos estudiantes y sus familias con quienes aún hoy permanezco cercano; me llevó a que el liderazgo arquidiocesano se fijara en mí y eventualmente me llevó a dar clases en el programa laico de Formación Ministerial para adultos por cinco años, y como miembro del cuerpo docente regular en el Programa de Formación para el Diaconado Permanente durante veintitrés años (los Diáconos Ron y Mary, y Alan y Mary son ex alumnos), y a tener, y todavía, dar frutos en mi ministerio como párroco. Mi vida ha sido inmensamente enriquecida por la forma en la que Dios respondió mi oración, más que si hubiera conseguido lo que "yo" había pedido. Aunque no es una petición en la oración de San Lucas del "Padre Nuestro", ***la clave de la oración auténtica está en la petición representada en la oración del Padre Nuestro según San Mateo: Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad.*** El evangelio de hoy nos recuerda que Dios no quiere nuestras necesidades a condición de que nosotros, en confianza, nos entreguemos nosotros mismos, nuestras vidas, nuestras agendas a él.

El tipo de oración que Jesús enseñó es precisamente ésta: una oración del corazón, una oración de comunión, una oración de atención a la Presencia Divina, una oración que busca la voluntad de Dios. **¡Señor, enséñanos a orar!**